

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8523

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 56

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 3 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Martes 8 de Abril de 1890.

¡NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la viruela vacuna, el precedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Viuda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

BOCETOS FILIPINOS.

EL INDIO

II

El indio tiene un sentido moral tan raro y entiendo el pudor de tan especial modo, que no encuentra mal alguno en que los padres duerman en revuelto y casto desorden con los hijos crecidos de diferente sexo y hasta con las personas extrañas á la familia. La joven á quien ocurre una desgracia, cosa por demás frecuente, ni se avergüenza ni por ello desmerece, antes bien, encuenra siempre quien le haga su compañera ante la iglesia y de aquí el que sean raros los infanticidios y los matrimonios celosos, pues es cosa observada por cuantos cuentan algunos años de país, que el ladrido no se preocupa gran cosa de su honra y mucho menos, si á costa de ella, obtiene algún beneficio.

Después llegado al Archipiélago por primera vez, extrañado de la blancura y correctas facciones, de un niño de pocos meses, á quien me presentaban una linda joven y agradable, la pregunté si era noñiza, ó estaba casada con español, y señalando á un indio que á su lado estaba, me dijo sonriendo, que aquel era su marido; pero añadió que no era padre de su hijo, habido con un sargento español y me mostraba al bebé con orgullo, del que al parecer participaba su bondadoso y paciente esposa.

Cuando admirado, referí lo ocurrido á personas formales de larga residencia en las Islas, supe que no era raro un hecho de cuya autenticidad quizá dude algún lector, como yo hubiese dudado, á no ser testigo presencial, por cuya razón garantizo su exactitud.

D. del indio un granito insignificante, pero con visos siquiera de autoridad y le vereis infatuado y poseído de su importantísimo papel, insolentarse con sus paisanos y hasta con el peninsular si pronto no le apaga los fuegos; y no abandonar las insignias de su cargo y ejercerlo con ridícula seriedad en todos los momentos, procurando imitar las actitudes y gestos del español de más categoría con quien tenga roce.

Como carece de aprendizaje y tanto le importa el aplauso como la censura y por ende, no hay forma de estimularle, desempeña mal todos los oficios; tan pronto es cochero como cocinero ó sastre; si un día os sirve excelentes platos, al siguiente ó cuando tengáis convitados, os deja sin comer y se queda tan fresco, el que formal al parecer, cuidó regularmente los caballos que el carruaje sin abandonar el tren, mientras entraba en una tienda, ó á veces una visita se marcha á su casa ó á servir en el ejército, sin perjuicio de desertar á los tres días, para ir á un presidio que á los ojos de los demás no le infama y le sirve de universidad para adquirir conocimientos con que desempeñar en su pueblo una plaza de alguacil ó directo cillo (1) del Tribunal (2). Más de una instancia pidiendo

pasar á las compañías disciplinarias de confinados, suscritas por soldados, se han recibido en el Gobierno de Joló durante la época en que en dicha plaza, el servicio militar era muy duro; pero hay que haber constar en obsequio á la verdad, que mientras el soldado comía mal, vestía peor y trabajaba mucho, el disciplinario comía bien, tenía jornal en las obras del Estado, se le permitía una libertad de que carecía el primero y no se le impedía vivir con su mujer, más ó menos legítima, para que todo fuera especial en este especial país.

Cobarde como liebre en ocasiones, es otras veces y sobre todo cuando lo manda español, valiente hasta el heroísmo, sufrido en campaña, incansable y sóbrio; pero si el enemigo está cerca, no dormirán con él en los centinelas pues se acostarán con él estengán sueño, aunque sepan que al siguiente día se les fusilará si el enemigo no les mata antes.

Ratero por naturaleza, cuando asciende ó bandido, es temible, pues por robar un peso ó un poco de arroz, usalta una casa y mata á cuantos encuentra, cebándose en las víctimas, porque siempre es cruel.

Para robar una casa, ó asesinar á determinados sujetos, se reúnen y convidan (1) á los amigos, que rara vez dejan de aceptar la invitación; y en número crecido, dan el asalto, terminado el cual, cada asaltante vuelve á su pueblo con el producto de su trabajo si la Guardia Civil ó los cuadrilleros no los atrapan, cosa que ocurre pocas veces.

Apasionado por la música, ejecuta las más difíciles partituras con rara habilidad; pero sus composiciones dejan mucho que desear y con escasas excepciones, ni siente ni entiende las bellezas ó defectos de lo, que melancómicamente toca. No hay pueblo por poca que su importancia sea, donde no exista una banda mejor ó peor organizada, uniformada y dispuesta á soplar en la iglesia, procesión ó baile, horas y horas, sin mostrar fatiga.

Para las artes mecánicas, tiene excelentes disposiciones y aunque carece de maestros y modelos, hace trabajos de verdadero mérito que demuestran una paciencia á toda prueba. Imita y copia á la perfección las más difíciles y acabadas obras de escultura, dibujo y platería, tegan y bordan admirablemente, pero no pedire creaciones, por que para ello es incapaz. En pintura, si hay uno que con su *spoliarium* (1) se ha colocado á envidiable altura, los demás no pasan de pintamonas, buena prueba de ello tenemos en los muchos lienzos que vemos en iglesias y conventos.

Calmoso por excelencia, nunca tiene prisa ni se inquieta por llegar tarde, aun cuando se trate de asunto urgente que en extremo le interese; caballero sobre pesado *carabao* (2) horas y horas, y bajo un sol capaz de fundirle, lo sufre impasible sin acelerar el tardo paso de su cabalgadura, que viene á ser como el complemento de su persona. Socio como él solo en las faenas domésticas, vive á gusto rodeado de inmundicias que no ofenden su delicado olfato, pero no deja de bañarse un solo día, ni de cambiar de ropas con frecuencia.

Una buena condición que generalmente olvidan de consignar los que del asunto se ocuparon, es el cariño y cuidados que á sus hijos dispensan; la consideración que le merece su mujer y el respeto que profesa á sus padres; siendo inexacto el dicho de que el indio no quiere más que á su gallo, fundado

en que lo acaricia con frecuencia y cuida con esmero y sin tener en cuenta que como ya hicimos notar, no es extremado en sus manifestaciones y sufre con filosófica resignación las contrariedades de la vida, sin profertir gritos ni quejas cuando pierde un hijo ó persona querida.

Pacífico, tranquilo y enemigo de pendencias, se desvive por las funciones de todo género y especialmente por las procesiones, cabalgatas de lantoches y representaciones teatrales de monstruosidades dramáticas, que duran tres ó cuatro noches y son más monótonas, insustanciales y tontas que largas.

Son sus vicios dominantes, la ociosidad y el juego en todas sus formas; pero no tiene el del vino tan arraigado como se asegura, y prueba de ello es, que pudiéndose procurar fácilmente bebidas alcohólicas extraídas del coco, y la *uipa*, (3) es muy raro ver un borracho en las calles ó cuarteles.

Tal es el indio filipino, á quien no hay forma de entender por mucho que se le observe y estudie, llamado «Niño grande» por el ilustrado autor de «Tierras y Razas» de este Archipiélago y á quien yo calificaría á más, de mal educado.

Varietades dignas de conoerse y que merecen capítulo aparte, son el indio ilustrado que vive en Manila desempeñando modestos destinos en oficinas del Estado ó particulares y el *bita* ó indio joven, que sirve de ayuda de cámara ó criado de mano y del que no se puede prescindir en el país.

Dacamon

28 Febrero 1891

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

AMADO

Charada

En el lugar de tres dos,
un cofrade de dos tercias
jugó á la prima segunda
y Gil le ganó la apuesta;
que era una segunda prima
y un buen prima dos tercera.

A. A.

La solución en el número próximo.

LA CRUCIFIXION DEL SEÑOR ANTE LA CIENCIA

Creemos que nuestros lectores leerán con su interés complacencia el siguiente fragmento de una notable conferencia dada en el Ateneo de Madrid por el doctor Parada y Santín sobre este interesante asunto, relacionado bajo el punto de vista científico, con la antropología y el arte.

El doctor disertante se expresa en estos términos:

«En los pueblos antiguos el suplicio de la cruz era infame y hasta su nombre también, pues Terencio, haciendo un juego de palabras llamó «cruces» á las meretrices.

Petronio Plauto, Apuleyo y Séneca (1) hablan de las diversas especies de crucifixión de entonces.

El más erudito de los eruditos, Justo Spiro (2), trata ampliamente este asunto y publica curiosos dibujos en que se ven repre-

(1) Palmara del género orchis que crece espontáneamente y con cuya hoja se techan las viviendas de ciertos naturales.

(1) Ad martiam. (Consolationes).

(2) De cruce.—Operatio 3.º.

sentados los diversos géneros de cruces que se usaron.

Las principales formas de cruz eran la «de-cusata», en aspa ó equis, que después el cristianismo hizo símbolo de Cristo, pues era la inicial de este nombre en griego; la cruz en ataud «comina», de tres cabos; la en Yxiron, ó y griega, y la cruz tal como el cristianismo la ha adoptado, ó sea la «mixta» de cuatro extremos; esta fue la forma más usada entre los romanos.

Este suplicio de la cruz no se empleó siempre en casos de penas infamantes, sino que se aplicó ya para castigar hechos más notables; triste ejemplo de ello es la crucifixión de los prisioneros cántabros del monte Medullo, á quienes sacrificó por mano de Augusto la bárbara crueldad de aquellas épocas; siendo tanto el valor de los generosos españoles, que morían en la cruz cantando himnos bélicos antes que entregar con la libertad de la patria su vida á la esclavitud del vencedor.

Los curiosos estudios de nuestros epigrafistas han mostrado en losa sepulcrales y monumentos elevados por los iberos á los dioses manes, los grabados que representan cruces y que son los testimonios mudos de aquellos héroes españoles.

No he visto la crucifixión aplicada á un objeto bello en el paganismo, exceptuando la imagen del poeta Anonio, que en elegantísimos versos describió la crucifixión en un árbol del dios Amor.

La muerte por crucifixión debía ser horrible: sujeto el reo por las extremidades superiores, pendía de ellas y gravitaba sobre las heridas de los inferiores; la ansiedad moral, los tormentos de las desgarraduras de las manos y los pies, producto de la brutal introducción de los clavos por percusión; las inflamaciones de estas heridas, acaso el tétanos, las más violentas contracturas y espasmos, la sed y las molerías de un ardiente sol sobre la piel desnuda, y las irritantes picaduras de los insectos y algunas veces de las aves de rapina, colocaban al crucificado en la más angustiosa y aterradora situación que puede pensarse.

Y no se crea que la agudeza del tormento era tal, que con la brevedad de la vida tuviera su fin, pues se citan casos, como el de los mártires Timoteo y Maura, que estuvieron en la cruz muchos días sin morir.

En la crucifixión de Cristo no se observaron los fenómenos violentos de un hombre cualquiere sometido á tan fuerte sufrimiento, sino que su espíritu superior tuvo energías sobrehumanas para soportar el grito de su organismo lacerado, y conservó una tranquilidad y una claridad de inteligencia admirables.

A Jesucristo, al ser crucificado, quisieron los soldados ejecutores de la brutal sentencia como á todos los reos, darle á beber «vino mezclado con mirra»; esto era hecho con objeto de emborazar la sensibilidad de los sometidos al suplicio; tan violento y cruel parecía aun á los mismos que por costumbre lo ejecutaban.

No había clorofórmico, y la mirra y el vino eran una especie de anestésico de aquellos tiempos, que nos demuestra que aun en sociedad tan bárbara, y en qué tampoco caso se hacía del sufrimiento humano, la voz secreta de la conciencia hallaba medio de enmascarar con aquella bebida el horror de la crucifixión...

No están conformes los autores en el diagnóstico, digámoslo así, de la muerte de Cristo; ya he tratado esto en otro lugar (1), y autores que no tienen nada de ortodoxos, pues son médicos algunos, que no pertenecen

(1) Las ciencias y la Pintura, 1785.

(1) Especie de mentor ó secretario del Gobernadorcillo, que viene á ser alcalde del pueblo.

(2) Casa Ayuntamiento ó cosa parecida, donde se reúnen los Múncipes.

(1) Lienzo que ha hecho la reputación de Luna, indio filipino.

(2) Búfalo que abunda en el país, tanto domesticados como en estado salvaje.